

pero lo que inquietó por demás á Merindol, fué ver comparecer así, sin intermediario, delante de su amo, aquel agente de segunda mano, aquella máquina subalterna cuya faena debía llevarse á cabo entre la sombra del misterio.

Jaime Lampourde no parecía de ningún modo corrido, y aun desde la puerta había hecho un disimulado y amistoso guiño á Merindol.

El maton se detuvo á algunos pasos del duque, recibiendo en pleno rostro el chorro de luz de las bujías que hacía resaltar los detalles de su característico semblante. Su frente, en la que la presión habitual del sombrero había trazado una línea rojiza transversal, semejante á la cicatriz de una herida, demostraba, por las no todavía enjutas gotas de sudor que la humedecían, que el espadachin había andado de prisa ó que acababa de entregarse á violento ejercicio; sus ojos, azules y de reflejo metálico, se fijaban en los del joven duque con descaro que daba calofrios á Merindol. En cuanto á su nariz, verdadero promontorio de carne, cuya sombra le cubría por completo una mejilla, como la del Etna gran parte de Sicilia, destacaba grotescamente su perfil extraño y monstruoso, dorado en la punta por un vivo rayo de luz que la hacía relucir. Sus bigotes, empegados con un cosmético grosero, parecían un pincel con que le hubiesen atravesado el labio superior, y su perilla se levantaba cual coma vuelta al revés; todo lo cual componía una fisonomía la más heteróclita del mundo, de esas que Jaime Callot se complacía en trazar con la punta de su original y animado buril.

Su traje consistía en un coletó de ante, calzones ceniza y capa escarlata cuyos galones de oro parecían haber sido recientemente arrancados, conforme lo indicaban las fajas de color más fresco, perfectamente visibles sobre el deslustrado fondo de la tela. Una espada de maciza empuñadura estaba suspendida á un ancho cinturón bordado de clavos de cobre, que rodeaba la delgada pero robusta cintura del maton.

Un detalle inexplicable preocupaba singularmente á Merin-

dol, y es que el brazo de Lampourde, saliendo de debajo de su capa cual palmatoria, sostenía en el puño una bolsa cuya redonda barriga delataba una suma respetable. Aquel gesto de ofrecer dinero en lugar de tomarlo estaba tan por cima de las costumbres físicas y morales de maese Jaime, que el perdonavidas lo hacía con una torpeza enfática y solemne risible de todo punto.

Luego, la idea de que Jaime Lampourde abordaba al duque de Vallombreuse como si hubiese querido remunerarle algún servicio, era tan monstruosa é inverosímil, que Merindol se restregaba los ojos y abría la boca en forma de O, lo que, al decir de los pintores y fisonomistas, es la mismísima expresión de la sorpresa en su colmo.

—Y bien, bergante,—dijo el duque, después de mirar atentamente aquel ridículo personaje,—¿por ventura quieres hacerme una limosna que veo que me pones en las narices esa bolsa, con tu brazo que parece el de una muestra?

—Ante todo, señor duque,—dijo el matachin después de imprimir á las largas arrugas que surcaban sus mejillas y las comisuras de sus labios una especie de trepidación nerviosa,—con perdón sea dicho de vuestra merced, yo no soy ningún bergante. Mi estado es honrado; ningún trabajo manual, ningún comercio ó industria me han degradado. Mato para vivir, á riesgo de mi piel y de mi garganta, pues ejerzo siempre solo y prevengo á quien ataco, porque la traición y la cobardía me causan horror. ¿Qué de más noble? Retirad pues este epíteto de bergante que no podría aceptar más que como broma amistosa; pues aja por demás las quisquillosas susceptibilidades de mi amor propio.

—Sea, maese Jaime Lampourde, ya que os empeñáis en ello,—respondió el duque de Vallombreuse, á quien las extravagancias de aquel estantigua divertían á pesar suyo;—ahora explicadme qué venís á hacer en mi casa, con una escarcela en la mano y sacudiendo vuestros escudos como un loco su palitocue ó un leproso sus tablillas de San Lázaro,

Lampourde, satisfecho de esta concesion á su susceptibilidad, inclinó la cabeza sin doblegar el cuerpo, é hizo ejecutar á su sombrero muchos movimientos que, á su modo de ver, constituian un saludo que á la ruda franqueza del soldado reunia la delicadeza del cortesano.

—Hé aquí la cosa, señor duque,—dijo el perdonavidas;—recibí adelantos de manos de Merindol para despachar á cierto Sigognac, conocido por el capitan Estruendo. Por circunstancias ajenas á mi voluntad, no he podido dar cumplimiento al encargo, y como soy probo en mi industria, devuelvo á quien de derecho el dinero que no he ganado.

En diciendo estas palabras Lampourde colocó, con gesto no desnudo de dignidad, la bolsa sobre una esquina de la bella mesa incrustada de piedras duras de Florencia.

—He ahí lo que son,—dijo Vallombreuse,—esos bravucones buenos para figurar en las comedias, esos hundidores de puertas abiertas, esos soldados de Herodes cuyo valor se despliega contra niños de teta, y que huyen cuando la víctima les regaña los dientes, asnos cubiertos con piel de leon cuyo rujido es un rebuzno. Ea, confiesa sin ambages que Sigognac te ha dado miedo.

—Jaime Lampourde no ha conocido nunca el miedo,—repuso el espadachin con tono que, á pesar de la apariencia grotesca del personage, no carecia de nobleza,—dicho sea esto sin bravata ni jactancia; en ningun combate el adversario ha visto la figura de mis espaldas, por cuyo lado soy desconocido, hasta el extremo que podria, de incógnito, ser jorobado como Esopo. Los que han tenido ocasion de apreciarme en el combate saben que me disgusta la victoria fácilmente conseguida. Amo el peligro y en él nado como pez en el agua. He atacado á Sigognac *secundum artem*, con una de mis mejores hojas toledanas, un Alonso de Sahagun el viejo.

—¿Qué ha ocurrido,—dijo el jóven duque,—en ese combate singular en el que parece no has llevado la ventaja supuesto que vienes á restituir el dinero?

—Así en duelos como en riñas y sorpresas, contra uno ó muchos, he tendido en el sitio treinta y siete hombres que no se han vuelto á levantar; no quiero hablar de los estropeados ó heridos más ó ménos gravemente. Pero Sigognac se encierra detrás de su espada como en una torre de cobre. He empleado contra él todos los recursos de la esgrima: fintas, sorpresas, despejos, retiradas, botes inusitados; tiene una parada y una respuesta para cada ataque; y ¡qué firmeza unida á qué celeridad! ¡qué audacia y al mismo tiempo qué prudencia! ¡qué sangre fria! ¡qué imperturbable maestría! Con la espada en la mano no es un hombre, es un dios. A riesgo de hacerme espetar gozaba yo de aquel juego tan fino, tan correcto, tan superior. Tenia en frente un contrincante digno de mí; sin embargo como era preciso concluir, despues de haber prolongado la lucha todo lo posible para darme el tiempo de admirar aquel método magnífico, me aproveché de la ocasion y arriesgué la estocada secreta del Napolitano, que yo solo poseo en el mundo, puesto que Girolamo murió y me la legó en herencia. Nadie como yo es capaz de ejecutarla con toda perfeccion, de lo que depende el éxito. Tiréla tan bien y tan á fondo, que mejor no hubiera podido hacerlo el mismo Girolamo. Pues bien, ese diablo de Capitan Estruendo, como le llaman, ha parado con celeridad deslumbradora y de un revés tan firme, que no me ha dejado en el puño mas que un trozo de espada que yo esgrimia como una vieja esgrime una cuchara de palo al amenazar á un chiquillo. Tomad, ved lo que ha hecho de mi Sahagun.

Y con gesto lastimoso Lampourde sacó de la vaina el trozo de espada en el que se veia una S coronada por marca, y enseñó al duque la rotura limpia y brillante de la hoja.

—¿No es este un golpe prodigioso,—continuó el espadachin,—que podria atribuirse á la Durandarte de Rolando, á la Tizona del Cid, ó á la Ardiente de Amadís de Gaula (1)?

(1) El caballero de la ardiente espada fué Amadís de Grecia, y llamáron-

Matar al Capitan Estruendo está muy por cima de mis fuerzas, lo confieso con toda modestia. La estocada que le he tirado, hasta el presente no ha tenido mas que una parada, la peor de todas, la que se hace con el cuerpo. Quien quiera que la ha ensayado ha tenido en su jubon un ojal más por donde se le ha escapado el alma. Además, como todos los valientes, ese capitan fué generoso: me tenia en la punta de su espada, estomacado y sin aliento por mi petardo, y podia esperar como un papafigo con sólo estirar el brazo; no lo ha hecho, lo que es una accion muy delicada de parte de un hidalgo asaltado entre sombras, en pleno Puente Nuevo. Le debo la vida, y aun que esto no valga la pena visto el caso que de ella hago, le estoy reconocido; nada más emprenderé contra él, me es sagrado. Por otra parte, aun cuando dispusiese de medios, tendria escrúpulo en perjudicar ó destruir un tirador tan consumado, tanto más cuanto van haciéndose raros en estos tiempos de espadachines vulgares que empuñan una espada como empuñarían un mango de escoba. Esta es la razon por la cual vengo á prevenir al señor duque que no cuente más conmigo. Yo hubiera quizá podido guardarme el dinero como indemnizacion de daños y perjuicios; pero repugna á mi conciencia el hacerlo.

—Por todos los diablos, vuelve pronto á coger tu dinero, —dijo Vallombreuse con tono que no admitia réplica, —ó te hago arrojar por las ventanas sin abrirlas, á tí y á tu moneda. No he visto en mi vida un pillo más escrupuloso. No serias tú, Merindol, capaz de semejante rasgo digno de figurar en los ejemplos de la juventud.

Como el duque viese que el matachin vacilaba, añadió:

lo así por cuanto nació con una pintada de color bermejo, desde la rodilla izquierda hasta el corazon, donde estaba la punta. Amadís de Gaula, bisabuelo de aquel, fué conocido con el nombre de caballero de la *verde espada*, porque la vaina de la que usaba, era verde, hecha de ciertos huesos de serpiente tan diáfanos, que se veía la hoja cual si estuviese desnuda. (N. del T.)

—Te doy estas pistolas para que bebas á mi salud.

—Esto señor duque, será religiosamente ejecutado, —respondió Lampourde; —sin embargo espero que su merced no llevará á mal que me juegue algunas.

En diciendo estas palabras, adelantó un paso hácia la mesa, extendió su huesoso brazo, cogió la bolsa con la destreza de un escamoteador y la hizo desaparecer como por encanto en las profundidades de su faltriquera en la que chocó, produciendo un ruido metálico, con un cubilete de dados y una baraja; viéndose claramente que este gesto le era mucho más natural que el otro, tan limpio y rápidamente lo ejecutó.

—Me retiro del negocio por lo que concierne á Sigognae, —dijo Lampourde, —pero se encargará de él, si así conviene á vuestra merced, mi *alter ego*, el caballero de Malartie, á quien pueden confiarse las empresas más atrevidas, tan hábil es. Tiene la cabeza que concibe y la mano que ejecuta. Es además el espíritu más libre de preocupaciones y de supersticiones que exista. Yo habia bosquejado, para el rapto de la comediante á quien haceis el honor de mirar con interés, una especie de plan que él redondeará y llevará á cabo con la perfeccion de detalles que caracterizan sus obras. ¡Oh! más de un dramaturgo aplaudido en el teatro por el enredo de sus comedias deberia consultar á Malartie por la sutileza de sus intrigas, la invencion de sus estratagemas y su ingenioso artificio. Merindol, que lo conoce, saldrá garante de sus raras cualidades. De veras os digo, señor duque, que no podríais hacer mejor eleccion, y con él os hago un verdadero regalo. Mas no quiero abusar por mas tiempo de la paciencia de vuestra merced. Cuando os decidais, no teneis más que hacer mandar trazar por un hombre de vuestra confianza una cruz de yeso sobre el pilar izquierdo del *Rabanillo coronado*. Malartie se dará por avisado, y, debidamente disfrazado, vendrá al palacio Vallombreuse para tomar las últimas órdenes y ponerse de acuerdo.

Terminado que hubo su ampuloso discurso, maese Jaime

Lampourde hizo ejecutar á su fieltro las mismas evoluciones con que al principio habia saludado al duque, se lo hundió hasta las cejas y salió del aposento lenta y magestuosamente satisfecho de su elocuencia y de su presencia de ánimo delante de tan encopetado señor.

Aquella aparicion singular, ménos extraña sin embargo en aquel siglo de refinados y matachines que en otra época alguna, habia divertido é interesado al jóven duque de Vallombreuse.

El carácter original de Jaime Lampourde, honrado á su manera, no le desagradaba, y aun le perdonaba el que no hubiese logrado matar á Sigognac. Supuesto que el Baron habia resistido á aquel perdonavidas de profesion, es que realmente era invencible, y la vergüenza de haber sido herido por él amargaba ménos á su amor propio. Luego, por arrebatado y colérico que fuese Vallombreuse, la accion de hacer asesinar á Sigognac le parecia un poco enorme, no por terneza ó susceptibilidad de conciencia, pues no hubiera tenido escrúpulo de hacer matar y despedazar media docena de plebeyos que le hubiesen incomodado, miserables cuya sangre no tenia á sus ojos más valor que el agua de las fuentes, sino porque su enemigo era noble. El jóven hubiera querido poder deshacerse por sí mismo de su rival, sin la superioridad de Sigognac en la esgrima, superioridad de la que su brazo, cicatrizado apenas, habia guardado el recuerdo, y que no le permitia arriesgar, con probabilidades de éxito, un nuevo duelo ó un ataque á mano armada. Volviéronse pues sus pensamientos hácia Isabel, que le sonreia más por las perspectivas amorosas que abria á su imaginacion. Daba por sentado que la jóven comedianta, una vez separada de Sigognac y de sus amigos, se humanizaria y se volveria sensible á los encantos de un duque tan bien formado y por quien se volvian locas las más encumbradas damas de la corte.

La fatuidad de Vallombreuse era incorregible, aunque ja-

más fuese mejor fundada. Sus aventuras justificaban sus pretensiones y sus más impertinentes jactancias. Así es que, á pesar del descalabro que acababa de sufrir cerca de Isabel, parecíale al jóven duque ilógico, absurdo, increíble y ultrajante que esta no le amase.

—Téngala yo,—decia para sí,—algunos dias en un retiro de donde no pueda escaparme, y sabré reducirla. Seré tan amoroso, tan apasionado, tan persuasivo, que pronto ella misma se pasmará de haberme por tanto tiempo tratado con rigor. La veré turbarse, cambiar el color, bajar sus largos párpados á mi presencia, y reclinarse su cabeza en mi hombro para ocultar su pudor y su confusion cuando la tendré rodeada con mis brazos. En alas de un beso, me dirá que siempre me ha amado, y que si huia de mí era sólo para inflamar más mi pasión, ó bien que su esquivez era hija de recelos y timideces de mortal perseguida por un Dios, ú otros encantadores cariños por el estilo, que las mujeres saben encontrar en estos lances, aun las más castas. Pero cuando yo sea dueño de su alma y de su cuerpo, ¡ah! entonces me vengaré de sus antiguos desdenes.